



Gore Vidal.

téticos del realismo de mejor ley. Su singularidad viene dada por los hechos que relata. Pero su interés literario se basa no sólo en ellos, sino sobre todo en una escritura apasionante que nos hace tomar "una" verdad por "la" verdad. Verdad que, por añadidura, nos resulta tan nueva como verosímil. ■ MARTIN VILUMARA.

La vuelta de Ciges Aparicio

De "realismo militante" calificaba en TRIUNFO (número 588, 5 de enero de 1974) José Esteban el estilo vital y literario de Manuel Ciges Aparicio, nombre que no dirá mucho a los lectores españoles de hoy y que, sin embargo, ocupó en su tiempo escaparates de librerías e incluso primeras páginas de los periódicos, aunque esto último más por sus peripecias periodístico-políticas que por sus novelas. Fue, efectivamente, un artículo sobre el problema cubano, donde critica la actuación del general Weyler como "pacificador" de la isla, el que le llevaría a la prisión de La Cabaña, dura prisión, de la que saldría marcado y de la que saldría también su obra "Del cautiverio", considerada por Andrés González Blanco como comparable en ciertos momentos a "Mis prisiones", "De profundis" o "Crimen y castigo", y comparada por Valle-Inclán a "La casa de los muertos" dostoyevskiana.

Nacido en Enguera (Valencia), el año 1873, Ciges sería fusilado en Avila, donde era gobernador civil, el trágico verano de 1936. Entre ambas fechas hay toda una rica peripecia vital

y una no despreciable producción literaria y periodística, fruto, casi siempre, de esa vida. Esto es lo que da interés a la obra de Ciges, que ciertamente no merece el desconocimiento que sufre, aunque tampoco sea comparable desde el punto de vista literario a la obra de sus contemporáneos del 98.

"Los caimanes", publicada por vez primera en 1930 y reeditada ahora en cuidada edición por Turner, con prólogo de José Esteban, es acaso una de las obras de Ciges que mejor soportan la lectura hoy y que mayor interés tienen fuera de las no velescas. En "Los caimanes" se relata la ascensión y caída de un hombre de modesto origen, nacido en tierra de pañeros y que de mozo de recados llegará a proveedor de mantas del Ejército francés en los años de la Gran Guerra. Ciges meterá en la novela sus experiencias del París de la época y llevará a Román Castalla, protagonista del relato, por la España que él tan bien conoció. Considerada como típica novela de personaje —y la viajera vida de este Román Castalla, especie de Ulises que sale de su "Troya de la Sierra" dispuesto a hacer fortuna, autoriza a calificarla así—, no me resisto a ver en la obra de Ciges algo más. Y esto sería una especie de trasunto novelesco de la aventura de Joaquín Costa. Ciges, que trazó una viva biografía del combativo aragonés ("Joaquín Costa, el gran fracasado", 1931), construye la vida pública de Román Castalla de acuerdo a unos parámetros que coinciden en no poco con las ideas de Joaquín Costa, aunque a veces este Román Castalla hable en prosa sin saberlo. Es curioso señalar cómo a principios de la obra don Román llega a su pueblo, ya convertido en poderoso hombre de empresa, y comenta ante las carreteras retorcidas y peligrosas, proyectadas y construidas de acuerdo con los intereses del cacique y no con los intereses de la comunidad: "Se trata de una carretera parlamentaria". Más o menos el calificativo que Costa daría a los canales electorales que no se construían en el reseco Aragón de sus afanes. Y a continuación añade (Román Castalla): "Tendremos que construirla nosotros". Decisión voluntarista de un

hombre que horada y corta las montañas que separan a su pueblo del resto del país como un "cirujano de hierro", capaz de sajar las duras barreras de piedra... A la postre, Román Castalla será también "un gran fracasado". Los viejos caciques de colmillo retorcido y alma negra podrán con este emprendedor hijo del pueblo que trata de levantar a su comunidad de la ruina y que se verá abandonado de todos. Sólo el viejo hidalgo arruinado, una especie de quirote, estará a su lado y le señalará cómo los leguleyos, los caimanes mansos, han intervenido en su caída.

Más podríamos ir sacando de



Ciges Aparicio.

la lectura de esta obra (el papel de los diversos personajes del pueblo y la capital provinciana, desde el naciente sindicalista, los militares, magistrados, etcétera, etcétera...), porque la obra es rica en ellos. Sin renunciar tampoco a una comparación entre esta Troya de la Sierra y el Castroduro barojiano de "César o nada". Comparación que sería entre "una de las más brillantes figuras menores de la generación del 98", al decir de Eugenio de Nora, y una de sus más brillantes figuras mayores. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

Un histórico Evans-Pritchard en castellano

Gracias fundamentalmente a dos editoriales (1), las grandes

(1) Anagrama y Península.

obras maestras que han configurado el pensamiento antropológico-cultural y etnológico van llegando al lector hispano en su propia lengua, solventando —a través de las generalmente buenas traducciones— el impedimento que para muchos representa la lengua inglesa, en la cual suelen estar escritas las principales contribuciones que se han hecho a lo largo de la historia de la antropología.

Una de estas obras maestras (2) acaba de ser publicada (3), con no poco mérito, treinta y nueve años después de su aparición original y casi cincuenta años después del inicio de la investigación. El nombre del profesor e investigador Evans-Pritchard, fallecido hace tan sólo tres años, tras haber dedicado cuarenta y cinco a la antropología, ha de resultar, por fuerza, familiar a todo aquel que, profano en la materia, se interese sin embargo en la psicología del comportamiento y en las relaciones del pensamiento mágico con el pensamiento religioso.

Sus obras, especialmente las de juventud, estuvieron basadas en sus trabajos de campo en el continente africano; en la zona central, primero, y en el área nororiental, después, al amparo de los intereses coloniales británicos. Su estudio sobre el comportamiento de los azande tuvo, por razones profesionales y por motivos bélicos, poca repercusión cuando se publicó poco antes del inicio de la ofensiva hitleriana sobre Europa y África. Pero después, aunque haya tardado en ser valorado en su justa medida, ha alcanzado el lugar que le corresponde en el panorama documental y pedagógico de la literatura antropológica.

¿Qué se puede decir del contenido de un libro que sobrepasa en su original mecanográfico los setecientos folios y que tiene, por encima de todo, un carácter eminentemente descriptivo? Puede decirse que el lector debe sacar sus conclusiones, en base a las descripciones del comportamiento del pueblo africano es-

(2) Evans-Pritchard, E. E.: Witchcraft, Oracles and Magic among the Azande (Oxford University Press, Londres, 1937, en su edición original).

(3) Evans-Pritchard, E. E.: Brujería, magia y oráculos entre los azande. Anagrama, Barcelona, 1976. Traducción de Antonio Desmonts.

tudiado. Un comportamiento que, ante lo que los europeos llamamos azar, casualidad o mala suerte, se manifiesta dentro de unos esquemas de lógica muy sólidos achacándolo a la brujería. Una brujería que habría sido provocada por las envidias o por los malos sentimientos de algún vecino u otra persona —excepto familiares— con quien se tiene relación habitual y que figura dentro de un mismo estrato social en la rígida y clasista sociedad zande.

Debe tenerse, pues, presente que la obra de Evans-Pritchard ha de ser considerada como una aportación a la sociología del comportamiento a través del estudio de los condicionamientos sociales de la percepción. De las investigaciones efectuadas por Evans-Pritchard entre los azande fue posible elaborar una argumentación válida aplicable al comportamiento humano enmarcado dentro de unos condicionamientos de pensamiento mágico.

Una explicitación de lo que el lector deducirá tras la lectura de las páginas de Evans-Pritchard puede encontrarse en una de las reseñas más ajustadas que se han hecho de la obra y que está a nuestro alcance merced al buen sentido de programación editorial (4). Así, el profesor Gluckman propuso, como resultado central del análisis sobre los azande, que "la brujería opera como teoría de las causas" y que "como teoría de las causas de las desgracias está vinculada con las relaciones personales entre la víctima y sus convécinos, y con una teoría de los juicios morales sobre lo bueno y lo malo", para concluir que "la teoría de la brujería resulta ser racional y lógica aunque no sea cierta" (páginas 16, 17 y 21), y profetizan que "las nuevas fuerzas van a descomponer el sistema místico y cerrado de África" (página 29).

Treinta y dos años después de

(4) Gluckman, Max: La lógica de la ciencia y de la brujería africanas. Páginas 7 a 30 dentro del cuaderno Gluckman, Douglas, Horton: Ciencia y brujería. Anagrama, Barcelona, 1976 (publicado originalmente, el artículo de Gluckman, en "The Rhodes Livingstone Institute Journal", en 1944, junio). Los dos restantes artículos tienen relación con la obra de Evans-Pritchard, pero sólo en cuanto a sus relaciones con el binomio historia-antropología en materia de investigaciones sobre brujería africana y brujería europea en la Edad Moderna.

las palabras de Gluckman los hechos han confirmado sus pronósticos parcialmente, quedando ya lejana en gran parte del continente africano la dominación colonial anterior a la segunda guerra, pero habiendo sido sustituida, en casos, por un nuevo tipo de colonialismo económico y, en otros, por la aparición de grupos autócratas, que siguen condicionando socialmente el comportamiento de los africanos, dentro de unos esquemas de pensamiento mágico. ■ PABLO MORATA.

El caso Cardenal

Nuestro conocimiento de la literatura latinoamericana es irregular, discontinuo. A través de fulguraciones repentinas, de breves "flashes", nos van llegando aisladamente unos cuantos nombres, en épocas distanciadas entre sí. Pese a todas las enfáticas declaraciones subimperialistas de "hispanidad", de "hermandad entre los pueblos de común herencia cultural" y demás lugares comunes de la propaganda oficial, nuestro conocimiento de la literatura latinoamericana está casi siempre mediatizado por el aparato cultural y propagandístico europeo y norteamericano. Sería casi impertinente citar los casos de Carpentier, de Borges, de Cortázar, descubiertos para nosotros por la crítica francesa y anglosajona. Por un Vargas Llosa que se impone a partir de España, nos llegan una docena de autores que han unido que ir a revalidar su calidad a París, a Londres, a las Universidades norteamericanas. Padecemos formas de colonialismo cultural menos directas que las que sufren los latinoamericanos, pero no por ello menos insidiosas y perturbadoras.

Con Ernesto Cardenal ha ocurrido un poco lo mismo. El éxito europeo —especialmente alemán— de su poesía nos lo ha descubierto, pese a que el primer libro suyo —su tesis doctoral en Letras, si no me equivoco— se publicó en Madrid hace más de veinte años. A comienzos de los años setenta, las editoriales españolas empezaron a ocuparse del gran poeta trapense. "El Bardo" publicó "La hora cero y



Ernesto Cardenal.

otros poemas", Ocnos (1971) una buena antología de su obra, y el año pasado Barral editó otra nueva, más amplia, bajo el título de "Poesía escogida". Ahora, Pomaire —¡quién lo diría!— reedita el libro que reveló a Cardenal, "Salmos", y en Ediciones Sigueme, de Salamanca, aparece un hermoso librito, "La santidad de la revolución".

"La santidad de la revolución" está formado por dos entrevistas con Cardenal, tres poemas largos y un prólogo de Hermann Schulz. Los dos textos en prosa son importantes para conocer el desarrollo político y religioso de este poeta excepcional, cuya obra, por su transparencia, por su aliento subversivo —en el más noble sentido que pueda tener esta palabra—, ha recibido una atención nada más que discreta por parte de la crítica instalada, siempre atenta a no comprometerse y siempre en busca de cadáveres culturales en los cuales introducir impunemente el escalpelo. Cardenal es todo lo contrario de un poeta cerrado, hermético. Por su poesía corre un viento libre, de estremecedora pureza, que dota a su lenguaje de una fluidez y de una hermosura incomparables. Poeta revolucionario, su mensaje de radical transformación política y social no está envuelto ni en demagogia ni en retórica. Es un mensaje de amor al pueblo, pero sin la insoportable vaciedad populista que ha tarado tanta poesía política tanto en España como en América Latina y otros países. Leyendo las entrevistas que aparecen en "La santidad de la revolución" nos percatamos que bajo la aparente sencillez del mensaje liberador de Cardenal hay una comprensión profundísima de la Naturaleza y de la Historia. Su ideología, lo mismo que su poesía, son el fru-

to de la paciente decantación de un complejo y riquísimo bagaje de conocimientos intelectuales y de experiencias vitales.

Cuando Cardenal dice, por ejemplo, "soy un marxista que cree en Dios y en la vida después de la muerte" o "yo considero que mi misión es predicar desde aquí el marxismo, pero un marxismo con San Juan de la Cruz", está enunciando los principios de una praxis política de cuya fecundidad empezamos a tener espléndidas muestras tanto en España como en América Latina. Pero también nos está dando una de las claves más importantes de su poesía. Marxismo y cristianismo son para Cardenal dos elementos que se funden, que se complementan mutuamente. Dos concepciones del mundo que exigen una entrega total, sin fisuras. Sólo teniendo en cuenta este dato, se puede comprender adecuadamente su concepción de la literatura como un instrumento de ayuda en la transformación socio-política. En una entrevista a la desaparecida revista argentina, "Crisis", que es una de las que se reproducen en "La santidad de la revolución", Cardenal dijo sin contemplaciones: "Me interesa la poesía, sí, y es lo que más hago, pero me interesa de la misma manera que les interesaba la poesía a los profetas. Me interesa como un medio de expresión: para denunciar las injusticias y anunciar que el reino de Dios está cerca".

Se comprende que la crítica académica pase sobre la obra de Cardenal como sobre ascuas, limitándose a elogios y vaguedades. Cardenal, como todo gran poeta, ha salido a buscar su público entre las gentes sin historia. Y las señales son de que ya ha empezado a encontrarlo. ■ JAVIER ALFAYA.